

SANTIAGO 1900

MUSEO HISTORICO NACIONAL



Una empresa EXXON

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección

bnch.9A(426-86)

Clasificación

Cutter

Año Ed.

1987

Copia

Registro Seaco

68242

Registro Notis.

AAC0502

9A (426-86)

SANTIAGO en 1900

919-30000

1011

-1986

AAC 0502

08243

Esso Chile,
junto al Museo Histórico Nacional
se unen nuevamente
en esta publicación
en la tarea de difundir
los valores de la historia de nuestro país.
Este documento tiene el propósito
de rescatar imágenes de una época,
y así contribuir
a proteger
nuestro patrimonio nacional.

*Carretón de reparto de la West India Oil Company.
Fotografía anónima, 1914*



La West India fue la primera compañía distribuidora de combustibles en el país, instalada en 1913. Son los años en que la nafta Wico y la parafina Caloria se distribuyen también a lomo de mula por ciudades y pueblos del país. En 1934 la West India se constituyó en Sociedad Anónima, cambió su nombre por Standard Oil Company en 1945, y por Esso Standard Oil tres años más tarde. Hoy la conocemos como ESSO CHILE. Esta imagen muestra un carretón de la Wico, como se le llamó, en calle Santo Domingo esquina de Morandé, frente a la relojería de Sarria.

Las viejas fotografías pueden ser documento objetivo y veraz del pasado, y también, poético espejo que nos revela el presente, con nostalgia, ingenuidad o sabiduría. Santiago 1900 es una recopilación de fotografías, que se constituyen en testimonio de la ciudad y de su historia y muestran la distancia que nos separa de ella o la proximidad que todavía nos une a sus calles, edificios y habitantes.

La capital de la república, al comenzar el siglo, vivía la aparente madurez de una consolidada democracia, una economía próspera y una activa vida cultural que, con orgullo y prestigio zarpaba desde sus puertos, junto al salitre, a las costas del mundo entero.

La ciudad había roto ya el tranquilo marco de vida del siglo XIX, convirtiéndose en una urbe cosmopolita cruzada de rieles y cables, con intenso tráfico de tranvías, coches y automóviles en sus anchas avenidas o en las activas calles comerciales donde circulaban ajetreados transeúntes; sus altos y lujosos edificios crecieron a la par que los vastos y miserables suburbios que comenzaron a cercarla. Era la imagen material del país ante sí mismo y ante los extranjeros que, viajeros curiosos, eficientes profesionales o ávidos inmigrantes, se integraron con sus conocimientos y costumbres a la nueva patria.

Santiago 1900 fue el centro de las celebraciones del Centenario de la Independencia de 1810, y quiso sintetizar la plenitud de una época optimista que creyó ordenar al mundo, dándole seguridad, prosperidad y alegría, "belle époque" trágicamente desaparecida ante la realidad de la Gran Guerra europea.

En Chile, la sólida monumentalidad del Centenario se fue desdibujando lentamente, como la silueta de los grandes sombreros de las damas y el diseño elaborado de las guirnalda de yeso en las fachadas. Se debió, en parte, a la caída del salitre en los mercados, la apertura del Canal de Panamá, la llamada "cuestión social", los conflictos políticos del año 20, y la crisis económica de 1930. Se debió, también, a la inevitable y silenciosa labor del tiempo que

hace desaparecer a los hombres, sus obras y sus sueños. Quedan sólo imágenes.

Viejas fotografías que plasmaron el efímero mundo que pareció definitivo. Por ellas debemos agradecer a los fotógrafos que, como profesionales o aficionados, detuvieron la vista y enfocaron sus lentes a escenas que lograron así vencer a la muerte y al tiempo.

Santiago 1900 reúne, entre muchas fotos anónimas, las de tres autores de principios de siglo: Aureliano Vera, Obder Heffer y Juan M. Sepúlveda. El santiaguino Sepúlveda, editor de tarjetas postales en 1910, es probable que haya incursionado en la fotografía para apoyar su labor, especialmente tomando vistas de ciudades del centro y sur del país.

El canadiense Obder Heffer, profesional de vasta producción, se inició en el país en 1886 como ayudante de Félix Leblanc, sucesor del afamado establecimiento Garreaud de Santiago. Al dedicarse Leblanc a la litografía, Heffer asumió la dirección del estudio que pasó a llamarse Foto Heffer y fue la más prestigiada de la capital. Por su local de calle Estado desfilaron varias generaciones que posaron ante el fotógrafo canadiense, hasta su fallecimiento en 1945.

Aureliano Vera debió formarse como ayudante de un profesional de Santiago independizándose en 1909. En su estudio de calle Ahumada se dedicó preferentemente al retrato, aunque, como Heffer, realizó vistas urbanas y paisajes que se publicaron en álbumes alcanzando su actividad hasta 1925.

Las fotografías de Santiago 1900 pertenecen al Centro de Documentación Iconográfica del Museo Histórico Nacional, donación de Esso Chile Petrolera, empresa que ha sabido valorar la proyección que estas imágenes tienen para el patrimonio histórico del país, al constituir un archivo fundamental para el conocimiento del pasado

y una inapreciable colección documental que el Museo dejará a las próximas generaciones. Esso Chile Petrolera es también auspiciadora de esta publicación y participa, junto al Museo, en la tarea de difundir valores de la historia nacional, de la que forma parte luego de una trayectoria de más de setenta años de actividad en el país. Esta larga tradición hace de Esso Chile actor y testigo de Santiago 1900, ciudad que gracias a su generosidad hoy se nos revela a través de viejas y bellas fotografías.

Hernán Rodríguez V.
Director Museo Histórico Nacional.

EL CENTRO

No sabemos desde cuándo el santiaguino acuñó la voz “el centro” para designar las manzanas que, alrededor de la Plaza de Armas, congregaron gran parte de la vida económica, política y social de la capital, en lo que fuera la cuadrícula inicial trazada por Pedro de Valdivia en 1541.

Sector limitado por el río Mapocho y la Alameda, al norte y al sur, y por las calles Claras (MacIver) y Teatinos, al oriente y poniente, distinguía calles principales y “atravesadas”, siendo las primeras aquellas que tenían el mismo sentido que el curso de las aguas; Moneda, Agustinas, Huérfanos, Merced, Monjitas y Santo Domingo. En ellas se levantaron los mejores edificios y ahí estuvieron las portadas de las casas grandes, a excepción de dos calles atravesadas que cruzaban la plaza e igualaron en importancia a las llamadas principales: Ahumada y su prolongación Puente, y Estado —antigua calle del Rey— y su prolongación 21 de Mayo.

En este marco comenzó a fijarse el Centro a partir de la segunda mitad del siglo XIX, cuando las casas de patio de las familias tradicionales fueron dejando sitio a edificios de comercio y renta. Del mismo modo, congregaciones religiosas entregaron a la ciudad vastos terrenos, como las monjas de la Victoria o de la Plaza, en 1820; la manzana que fuera de los jesuitas, que se convirtió en el Congreso Nacional y sus jardines; la de los agustinos, donde se construyó un conjunto comercial con cuatro fachadas; la de las agustinas, en parte de cuyo terreno se levantó primero la Unión Central, y luego, en el resto, las nuevas calles de la Bolsa de Comercio y el Club de la Unión; por último, las clarisas, que en 1913 dejaron su solar al nuevo palacio de la Biblioteca Nacional.

En menos de un siglo se marcó la calidad de este espacio donde se habían levantado los principales edificios públicos del periodo colonial. En 1846 la casa de Moneda se convirtió en palacio de gobierno, dando nuevo carácter a su plazuela y entorno; el paseo de la Alameda, que desplazó al del Tajamar, se unió al remozado cerro Santa Lucía en 1873, formando un borde verde al suroriente. Años más tarde, la canalización del río, el Parque Forestal y la estación Mapocho crearían otro borde al norte, en la época del Centenario, que cerraría el marco del Centro de la capital.

Siempre girando en torno de la antigua Plaza Mayor, el centro de 1900 —como el de hoy— se planteó como corazón de la ciudad fundacional, donde se amalgamaron los requerimientos de la vida contemporánea y la tradición de su traza, sus costumbres y edificios.



Vista general de Santiago desde el cerro Santa Lucía.

Fotografía atribuida a Aureliano Vera, hacia 1915.

Desde 1872 la terraza del Santa Lucía fue paseo obligado de los santiaguinos y balcón de la ciudad. Mirando hacia el macizo cordillerano se veía, en primer término, los edificios del Instituto Nacional y de la Universidad Católica, obra del arquitecto Jecquier. Tras ellos, los patios del Hospicio y los pabellones del Cuartel de Cazadores, donde se ubicó más tarde un mercado y hoy es local de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile.

Plaza de Armas.

Fotografía atribuida a Aureliano Vera hacia 1915.



Corazón de Santiago y kilómetro cero de todas las carreteras del país, su área fue definida por el alarife Gamboa en 1540. Hasta mediados del siglo XIX fue un descampado de piedra y tierra, tímidamente arbolado en un comienzo y luego con jardines simétricos, los que fueron reemplazados en 1896

por el diseño romántico del paisajista Renner, con senderos ondulantes, lagunas y kiosco de música, dejando al centro el tradicional monumento de Ayacucho, conocido por el de los lagartos o pila de Rosales, erigido en 1838. La plaza sigue siendo el más vital testimonio de las tradiciones de Santiago.



Intendencia de Santiago en la Plaza de Armas.
Fotografía atribuida a Aureliano Vera, hacia 1910.

Palacio de la Real Audiencia concluido en 1807, después de la Independencia fue sede de gobierno hasta que el presidente Manuel Bulnes lo trasladó a la Casa de Moneda. Intendencia de la provincia, allí trabajaron entre otros Francisco Echaurren, Francisco Angel Ramírez, Bascuñán Guerrero y Benjamín Vicuña Mackenna, cuya extraordinaria labor desde 1872 a 1875 transformó a la capital. Hacia 1925, muy transformado en su interior, el viejo palacio pasó al Telégrafo del Estado y luego al Correo. Completamente restaurado, desde 1981 alberga al Museo Histórico Nacional.



*Portal Fernández Concha en la Plaza de Armas.
Fotografía anónima hacia 1895.*

Construido a partir de 1869 por el arquitecto Hovenden Hendry sobre las calcinadas ruinas del portal de Sierra Bella, el nuevo edificio tomó el nombre de sus propietarios, los hermanos Pedro y Domingo Fernández Concha. Continuando una tradición que venía de la colonia, el portal siguió albergando el comercio más concurrido de la capital con sus cafés, hoteles, baratillos y el célebre Casino. Sus altos techos cobijaron gran parte de la vida social y política del 900. Demolido en 1929 fue reemplazado por el portal actual, que se inauguró en 1933.



Calle Estado.

Fotografía atribuida a Aureliano Vera, hacia 1915.

Para muchos, la calle del Estado era el centro del Centro, especialmente en la esquina con Huérfanos donde se enfrentaban las dos tiendas más surtidas y famosas de Chile: La Casa Francesa y Gath y Chaves. La Casa Francesa — a la derecha — tuvo por modelo a los “magazins” franceses del siglo XIX y lucía con orgullo el letrero PARIS en su fachada que agregó un tercer piso en 1913. Gath y Chaves, The Chilian Stores, fue la innovación y la modernidad, con su edificio metálico de cuatro pisos y diez ascensores, inaugurado para el Centenario de la Independencia en 1910.



Calle Ahumada.

Fotografía atribuida a Aureliano Vera, hacia 1920.

Un coche americano cruza por Agustinas mientras avanza el carro 9; modernos automóviles se estacionan frente al edificio Unión Central, donde se fundó la Universidad Católica y se estrenó el cinematógrafo Lumière. En la esquina de Agustinas se levanta el edificio de renta construido por el arquitecto Alberto Siegel para don Raimundo Larraín en 1917, convertido poco después en el Hotel Crillón que inmortalizó la pluma de Joaquín Edwards Bello.



Calle Huérfanos.
Fotografía anónima, hacia 1915.

Mediodía en Huérfanos, entre Ahumada y Estado, frente a las surtidas vitrinas de la Casa Burgalat —a la derecha— y el comercio del Pasaje Toro, al frente, viejo edificio perteneciente a misia Emilia Herrera, donde desde 1909 la Compañía del Telégrafo Comercial comunicaba a la capital con ciudades de provincias y del extranjero. A mitad de cuadra, acera del sol, el viejo edificio del Banco de Chile sobresale de la “línea municipal”, esperando iniciar su nueva sede de calle Ahumada en 1921.



Alameda, monumento a los Escritores de la Independencia.
Fotografía atribuida a Obder Heffer, hacia 1900.

Antiguo brazo del río Mapocho, fue un amplio y desolado callejón hasta que O'Higgins lo convirtió en un paseo arbolado llamándolo Alameda. Sus atractivos le hicieron merecedor del nombre Delicias al finalizar el siglo: el amplio bandejón central bordeado de olmos, bancos y refrescantes acequias fue delicia de grandes y chicos, los que corrían tras sus ruedas o asistían embelesados a las "fondas" de Navidad. Frente a la calle de Padura —hoy Latorre— se levantó en 1873 un monumento con los perfiles de Infante, Salas, Henríquez y Gandarillas, flanqueados por estatuas de los precursores de la imprenta, monumento que, muy disminuido, se encuentra ahora en el Parque Forestal.

LA CIUDAD COLONIAL

Hasta 1850 la capital tuvo un perfil horizontal de tejas que cronistas y viajeros describieron gratamente, desde los abandonados fuertes o explanadas del pedregoso cerro Santa Lucía. Esta línea de arcilla se quebraba con la irrupción de torres, mojinets y los altos balaustres de algunos edificios importantes construidos por Toesca y sus seguidores hacia 1800. La perspectiva de las calles mostraba fachadas blanqueadas donde, bajo anchos aleros o balcones corridos, se destacaban grandes portadas y tímidas ventanas, todo lo que fue considerándose viejo, arcaico y antiestético a medida que se fueron conociendo los ejemplos e imágenes de costumbres y ciudades europeas, verticales, profusamente decoradas y densas. A partir de ese momento se observó con curiosidad de arqueólogos una que otra portada de piedra, mientras desaparecía la ciudad vieja de teja y adobe, dejando paso al fierro, al vapor, a la electricidad y al yeso.

En 1900, sin embargo, comenzó a hacerse sentir un sentimiento de nostalgia por esta arquitectura de patios, influido quizá por nuevas corrientes estéticas que valoraban lo vernáculo. Artistas e intelectuales dibujaron y describieron pesadas rejas de fierro, portones claveteados y gruesos muros encalados, y crearon en la ciudad un itinerario de viejas casonas en las calles periféricas del centro, en la Chimba o en la Alameda. Este gusto por "lo colonial" que iniciaron espíritus sensibles, pronto pasó a la decoración a través de tallas, bargeños y cajuelas, y de ahí a la nueva arquitectura que recreó las formas del pasado convertidas en nueva moda, mientras las viejas construcciones que motivaron este

gusto iban desapareciendo poco a poco, no ya aventadas por el fierro y el vapor, sino por el hormigón de los rascacielos.

La vehemente defensa de la ciudad vieja que hicieron tantos intelectuales al iniciarse el siglo, no detuvo la demolición de los claustros de San Francisco y San Juan de Dios, de la posada de Santo Domingo o la casa del Obispo Cienfuegos. Nos dejaron en cambio planos, dibujos y documentados libros, así como expresivas y nostálgicas fotografías de ese otro tiempo que el de ellos no pudo retener.



*Emporio Génova, en Alameda esquina de calle Lastarria.
Fotografía anónima, hacia 1918.*

Construido cuando la Alameda era todavía la Cañada para los santiaguinos, su cuarto de esquina con pilar de piedra nació para atender parroquianos y despachar mercaderías, llamándose por unos años Almacén de la Estrella. La fachada de esta casa colonial, "de altos" enfrentaba el antiguo callejón de la Ollería, calle de la Maestranza durante la república y avenida Portugal en el presente siglo. Las tejas y adobes del emporio, su columna y farol, dejaron paso en 1934 a un rascacielos de 7 pisos.



Comercio en Alameda esquina de calle San Antonio.
Fotografía anónima hacia 1910.

Un decreto municipal de 1856 prohibió a los santiaguinos seguir usando en sus casas balcones corridos, para evitar la propagación de incendios. Esta imagen muestra lo que fue característico en las construcciones de la capital en 1800. Bajo el balcón con helechos y aspidistras, la botica de San Francisco, la relojería Bocca, la botería Colón y la paquetería La Aurora: en la cartelera de cines se anuncia en el Garden "Ojos Azules", "Jane Gray" en el Splendid e "Incógnita" en el Unión Central. Una casa comercial de cuatro pisos reemplazó a este antiguo edificio, demolido en 1939.



*Casa Colonial en calle Puente y San Pablo.
Fotografía anónima hacia 1900.*

El almacén de la esquina, la mujer de manto y el coche, enmarcado todo bajo el amplio alero de tejas y la línea de balcones que apenas perforan los macizos muros, es la imagen intemporal de la ciudad tradicional que pervivió siglos, con la mantención ritual del trasteje y el encalado anual. Este mundo inmutable de patios, rejas y portones desapareció con el impulso de los tranvías, el salitre y el crecimiento de la capital a partir de 1900.



Calle del Puente.

Fotografía anónima hacia 1900.

Ingreso norte de la capital, ennoblecido desde que el Calicanto cruzó el río Mapocho y se constituyó en "el puente" para los santiaguinos dando nombre a esta calle que, en cuatro cuadras, llegaba recta a la plaza y a las gradas de la Catedral. El Bazar y Casa de Préstamo de Manuel Abascal tiene como local lo que debió ser una mansión en la colonia, con gran portada y hornacina donde pudo campear, hasta 1818, el escudo de sus dueños. El puente que bautizó esta calle desapareció en 1888 y la casa de prenda de Abascal en 1916.



SANTIAGO ANTIGUA 43

Santiago Antiguo (Gasfitería La Nacional).
Fotografía atribuida a Aureliano Vera hacia 1915.

Nada se sabe de la historia de esta casa que se levantó en calle Arturo Prat esquina de Eleuterio Ramírez, cuando se llamaban de San Diego Nuevo y Tarapacá al finalizar el siglo XVIII. El almacén de esquina con su pilar, la portada bajo el mojinete de tejas y el patio que imaginamos con huevillo y jazmines evoca al Santiago Colonial: el policía de blanco, el cable del tranvía y el postino o victoria esperando a un pasajero son, en cambio, imágenes de la ciudad del 900, una y otra, sin embargo, no tan distantes en su espíritu.



Casa en calle Esmeralda.

Fotografía anónima, hacia 1900.

Propiedad de doña Lina Barboza al iniciarse el siglo, la casa de Esmeralda 771 era un bello ejemplo de arquitectura colonial, con su amplia portada, portón y portezuela, el balcón volado con buena rejería y el amplio alero de tejas. La calle de huevillo y la proximidad de la llamada Posada del Corregidor y su plazuela, a metros de la casa de doña Lina, hacían de Esmeralda —antigua calle de las Ramadas— un rincón evocador de la ciudad, que inspiró a pintores y poetas.

TIPOS POPULARES

Los personajes característicos de una ciudad nos salen al encuentro en sus calles. Atraen por la rareza de su oficio o por la venta que pregonan; por la peculiaridad de su fisonomía, por sus costumbres o por su vestimenta. Diferentes a los habitantes de otras partes, son indicadores de la individualidad del lugar, tal como su geografía, su clima o su arquitectura. Santiago desde sus inicios tuvo tipos populares que la hicieron distinta a otras ciudades del país y de América.

Así, los aguateros, hasta que se entubaron las acequias y se puso un caño en cada casa, cooperaron a saciar la sed de los santiaguinos y recorrieron las calles a lomo de mula ofreciendo en sus barriles agua de quebrada. Los veleros, desplazados por las luminarias de gas y la electricidad, ofrecieron en largas varas sus velas colgadas del pabito. Los serenos, que inutilizó el uso masivo del reloj, indicaron la hora y el estado del tiempo con su canto piadoso.

En Santiago de 1900 pervivían aún muchos de los oficios coloniales y pregones de ventas que ya se habían hecho tradicionales.

La capital despertaba al ruido de esas voces y con el trote de los carretones de reparto que iban dejando pan y leche en los barrios. De inmediato se iniciaba el diario ritual que toda dueña de casa realizaba peregrinando con bolsas y cartuchos a la Vega y al Mercado, con el negro manto puesto para entrar, de pasadita, a la Catedral, Santo Domingo o la Recoleta.

Durante el día, las comidas y bebidas populares se ofrecían a voz en cuello, lo mismo que las frutas de la estación, enumerando sus mil variedades con nombres de fantasía. Tortilleros, moteros, el hombre de las castañas cocidas y el de las frutillas, las que sacaba de las árguenas de su caballo. También a lomo de caballo o mula se ofrecía el cochayuyo de la costa o el carbón de espino de la cordillera, el hielo en saco y las cargas de leña. Por las calles, esquivando los "carros de sangre" y los tranvías, circulaban postinos, victorias, coches y carretelas, rodaba la humilde "golondrina" mudancera y el solemne coche del Santísimo, que con su campanilla ponía de rodillas a los transeúntes.

Pregonando su oficio recorrían puerta por puerta el empajador de sillas y el escardador de colchones llevando el coligüe para apalear; el hojalatero y el estirador de somieres; el afilador de cuchillos y la lavandera, con su blanca y redonda carga de sábanas sobre la cabeza. Alegando a los niños pasaba el organillero vendiendo remolinos de papel y pelotas de aserrín, acompañado del loro enjaulado que saludaba con la pata; el barquillero con su rojo tubo de latón; y el heladero que vendía "botes" a cinco centavos y "cucuruchos" a diez.

A la hora de "once", la ciudad se animaba al grito de los suplementeros que gritaban los extras de la tarde. Luego, se dormía lentamente mientras el farolero, silencioso, iba dando luz en las esquinas.



Tertulia musical.

Fotografía anónima hacia 1900.

En un patio recortado con boj, jazmines, camelias y palmas en maceta, un quinteto de jóvenes estudiantes posa con su instrumental: violines, mandolina, bajo y guitarra. Animan una tertulia tocando valsés, polcas y mazurcas, cuyas letras y títulos son sin duda un claro mensaje para las niñas asistentes.



Herrero.

Impreso de una fotografía.

A orillas del Tajar y aprovechando la sombra de un plátano oriental, el herrero y su ayudante calzan la herradura a la pata del caballo, cuya cabeza tapa con un trapo el hombre de manta. Hasta 1900 el caballo era el movimiento de la ciudad, para jinetes, coches y "carros de sangre", por lo que su mundo de corrales, aperos y pastos era parte importante de Santiago, donde era característico al acompasado ruido de las herraduras sobre huevillo y adoquines. Los tranvías y los automóviles, llegados en 1902, fueron desplazando lentamente a animales y herreros.

Heladero.

Impreso de una fotografía.

Con su toldo y mesa portátil que instalaba en alguna calle concurrida de la ciudad, el heladero cuida el "bote" de helados, tiesto de hojalata que se sume en el hielo picado de la batea de madera. Este heladero de chaqueta blanca y chupalla se apresta a atender a una niña, mientras su perro duerme a la sombra del negocio.



La Motera.

Impreso de una fotografía.

El mote pelado y el balde con huesillos son los ingredientes del refresco más tradicional del pueblo chileno, el que se prepara y vende en las calles en la temporada del calor y la fruta. La motera sirve un trago en taza a un cliente, mientras otras vendedoras con mesas y canastos ofrecen, quizás, a los paseantes tortillas, pequeños o pan de huevo.





Venta de verduras.
Impreso de una fotografía.

En un rincón de la Vega, señoritas posan ante una mesa con una pila de verdura, mientras la casera ofrece queso de campo y el casero espera tras el bote de helados que le pidan un vaso. El chiquillo debajo de la mesa come un apio, ajeno a los pájaros de las jaulas y al choroy regalón que trae una niña en el hombro.

Por la calle del Puente, frente al Mercado, un viejo artesano con chupalla ofrece carretones de juguete y jaulas para canarios, jilgueros o catas. Tras él, la característica imagen de la lavandera cargando su bulto de ropa, y las mujeres de manto que terminan los trajines matinales que se iniciaron con una misa al alba.

Pajadero.
Impreso de una fotografía.





*Mercado Central por calle 21 de Mayo.
Fotografía anónima hacia 1920.*

Inaugurado en 1872 con baile de gala y exposición de pinturas, el Mercado se amplió en 1884 con pabellones que lo rodearon por sus cuatro costados y acogieron el comercio siempre creciente que hizo de él almacén, despensa y estómago de la capital. La antigua Plaza de Abastos como se le llamó en el siglo XIX fue centro de vital actividad, como dan cuenta las surtidas mercaderías que ofrecen al transeúnte los locales de la Ciudad de Damasco y de La Violeta.

LA GRAN ARQUITECTURA

Desde su fundación, los habitantes de Santiago quisieron expresar la importancia y prosperidad de su ciudad construyendo grandes edificios que mostraran al transeúnte, criollo o extranjero, los valores y orgullos de la capital. A pesar de terremotos y avenidas del río, se hicieron y rehicieron una y otra vez construcciones de adobe, ladrillo y piedra, que forzaron todo lo permisible, las escasas rentas de este lejano territorio de guerras. Así surgieron en los primeros tiempos de la ciudad para ser admiradas las iglesias de las principales órdenes: jesuitas, franciscanos, agustinos y mercedarios, a más de la catedral y una que otra casa particular que alcanzó prestigio por su portada o sus balcones. Al finalizar la colonia, la providencial venida del arquitecto romano Joaquín Toesca nos dejó el magnífico palacio de la Moneda, que sirvió de ejemplo a otros edificios públicos como la Aduana, la Audiencia y el Consulado; la Independencia hizo suya esta arquitectura ilustrada de la monarquía española, y medio siglo más tarde seguía considerándose como la más noble construcción de la ciudad.

En 1849 el arquitecto francés Brunet des Baines inició la enseñanza de ese arte en el país y trajo el modelo de los grandes edificios europeos. Comenzaron a levantarse en Santiago réplicas de "hoteles" parisinos que fueron complicando sus fachadas con intrincadas guirnaldas, pilastras, órdenes y frontones, y se constituyeron en hitos de esta nueva arquitectura en la capital el Teatro Municipal, la Universidad, la iglesia de la Recoleta Dominica y dos o tres "palacios" que dieron a conocer el eclecticismo de estilos góticos,

árabes y orientales, o las corrientes francesas, inglesas o italianas que divulgaron arquitectos o constructores de esas nacionalidades. El ferrocarril, invento que modificó el concepto de la velocidad y el tiempo, trajo también nuevas ideas de espacios y formas, y su avance fue sinónimo de estructuras metálicas, estaciones y chalets de fantástica carpintería. El auge de la minería de la plata y luego del salitre no sólo construyó mansiones para los afortunados del Norte, también levantó bancos y casas comerciales que debían expresar en su materialidad la riqueza de sus arcas, y grandes galerías o pasajes que, a partir de la construcción del pasaje de Bulnes, luego de Matte, se convirtió en una de las características del centro de la capital.

Esta nueva edificación, dramáticamente puesta a prueba en el terremoto de 1906, incorporó tecnologías más avanzadas como estructuras metálicas que permitieron proyectar los grandes espacios del Centenario.

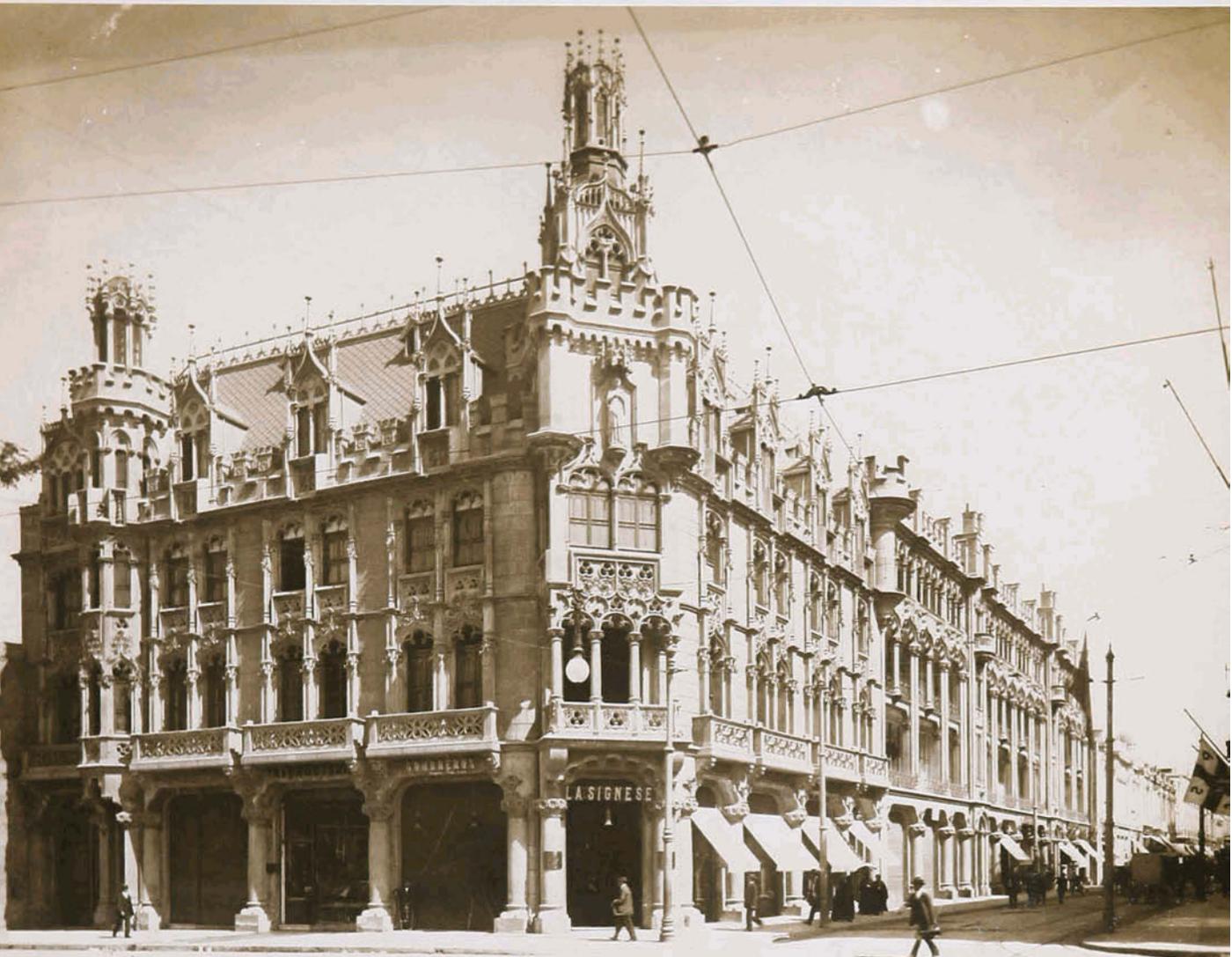
En Santiago de 1900 pudieron concretarse todas las tendencias de la arquitectura de su tiempo; sin embargo, salvo excepciones, siempre se prefirió un estilo académico de raigambre francesa, mejor enraizado que otros en la tradición neoclásica que reveló Toesca al finalizar el siglo XVIII. La altura de los rascacielos que irrumpieron en la década de 1920/1930 quebró la armonía que había superpuesto construcciones desde hacía largo tiempo: los grandes edificios se definirían ahora, más que por su calidad y finura de detalles, por su monumental verticalidad de concreto.



Edificio Krauss en la Plaza de Armas.
Fotografía anónima hacia 1910.

El Bazar Alemán fundado por los hermanos Krauss en 1875, embelesó a los niños con sus juguetes mecánicos, soldados, muñecas y castillos. Para mayor encantamiento de sus clientes, hacia 1900 los Krauss levantaron un

magnífico edificio en la Plaza de Armas esquina de calle Puente, con estructura metálica, grandes escalinatas de nogal y una esbelta cúpula renacentista cubierta de pizarra gris, desgraciadamente demolida en 1980.



*Edificio Undurraga, Alameda esquina de calle Estado.
Fotografía atribuida a Aureliano Vera, hacia 1915.*

Encargado en 1913 por don Luis Undurraga al arquitecto catalán José Forteza para departamentos y locales de renta, causó admiración por su estilo inusual y refinado, y por la moderna e indestructible estructura metálica realizada por la Maestranza Torretti, pese a ésta, desapareció la sombrería La Signese y la Virgen que parecía proteger desde la altura el tráfico de la Alameda, desvaneciéndose esta creación gótica criolla al demolerse en 1976.



Edificio Lyon, calle Ahumada esquina Moneda.
Fotografía atribuida a Aureliano Vera, hacia 1910.

Construido en 1905 por los arquitectos Siegel y Geiger para don Arturo Lyon Peña, tuvo elegantes departamentos y amplios locales de renta que ocuparon entre otros, hacia 1910, la afamada Casa de Pianos y Almacén de Música de Doggenweiller, la Casa Morrison y la mueblería de Elliot Rourke, que ofrecía modernos conjuntos para oficina en roble americano y tapiz de marroquí. La elaborada arquitectura francesa del edificio Lyon desapareció en 1980.



Bolsa de Comercio.

Fotografía de Aureliano Vera, hacia 1920.

Los corredores de comercio de la capital, asociados desde 1893, adquirieron para construir su sede terrenos que pertenecieron a las monjas Agustinas, loteados en torno a calles diagonales que surgieron entre Alameda, Bandera y Moneda. En el sitio de los corredores —un estrecho triángulo— el arquitecto Jecquier levantó en 1917 un elegante edificio de estilo francés con estructura metálica de Ricardo Torretti, decorando su salón principal, de "la rueda", con un gran mural del pintor Pedro Subercaseaux, todo lo que aún sigue sirviendo de marco a los corredores de la capital.



Edificio en Alameda esquina de avenida Vicuña Mackenna.

Fotografía atribuida a Obder Heffer hacia 1910.

Extensa propiedad de renta con locales y departamentos, perteneció a Emilio Alemparte y a Ismael Valdés Vergara, obra quizá del arquitecto Doyere. Era la última construcción monumental de la Alameda que iniciaba allí su numeración, frente al monumento de la Colonia Italiana en la plaza de ese nombre. Vivieron ahí Fontecillas, Balmacedas, el conde Welckzeck, Raúl Silva Castro y José Santos Salas, candidato presidencial de 1925; en los bajos se alternaron los locales del almacén Bonzi, en la esquina; las tiendas La Montañesa y La Santiaguina; y las boticas La Salud y América, inmediatas al hospital. Todo fue demolido para dejar paso a la remodelación San Borja.



Legación Argentina.

Fotografía atribuida a Aureliano Vera, hacia 1915.

En el llamado Camino de Cintura abierto por Vicuña Mackenna, cuyo nombre tomó al convertirse en avenida, el gobierno de Chile regaló a la República Argentina en 1912 un moderno "chalet" rodeado de jardines, obra de los arquitectos Siegel y Geiger, que reemplazó la antigua legación de calle Amunátegui, donde el Presidente Balmaceda puso fin a sus días en 1891. El nuevo edificio, construido entre las quintas de Adolfo Guerrero y Luis Risopatrón, inició a Vicuña Mackenna como avenida de embajadas —allí estuvieron las de Francia e Inglaterra— y se conservó hasta que un incendio lo redujo a cenizas en 1943.

Dieciocho fue la calle elegante que unió el centro de la ciudad con el parque Cousiño, paseo preferido de los santiaguinos desde su creación en 1874. Con adoquines de madera que amortiguaban el rodar de los coches, desde la Alameda al sur era una sucesión de lujosas construcciones que se iniciaban con la casa de don Rafael Errázuriz, antes de Ossa, obra de Lathoud decorada con mosaicos y medallones de mayólica —demolida en 1965— y el edificio Iñiguez, construido por el arquitecto Cruz Montt en 1908, con departamentos y locales comerciales, entre los que estuvo el Teatro Dieciocho y donde todavía está el Café Torres, uno de los pocos sobrevivientes del Santiago del 900.



Calle del Dieciocho.

Fotografías hacia 1915, la superior atribuida a Aureliano Vera.





Calle Santa Lucía.

Fotografía de Aureliano Vera, hacia 1915.

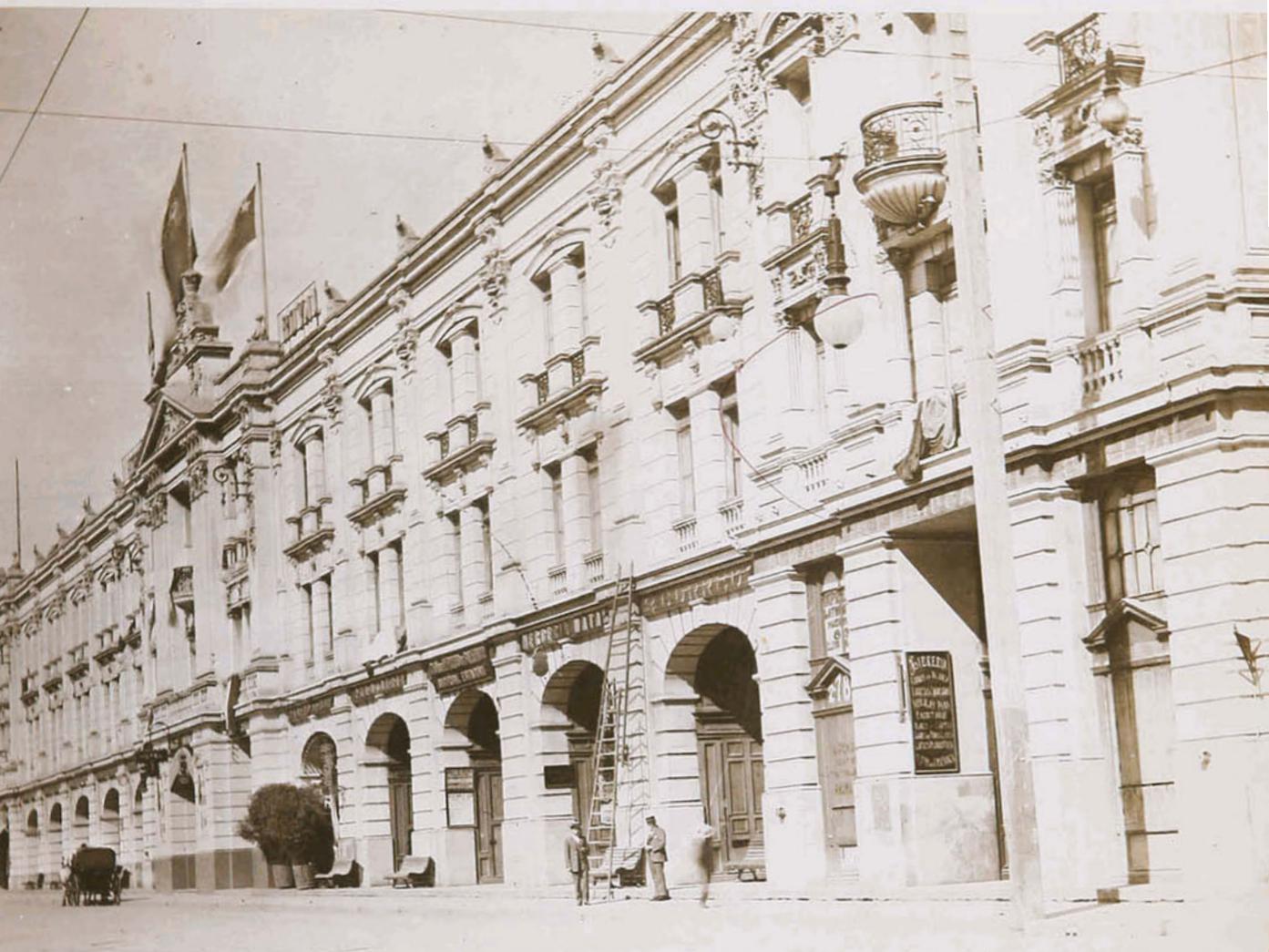
Añosos pimientos marcaban la antigua subida de coches del cerro Santa Lucía, próxima a la Alameda y a la plaza Vicuña Mackenna. Fue un sector elegante donde se levantaron casas de lujo como el fantaseoso castillo renacentista de don Juan Miguel Dávila y la afrancesada residencia de don Máximo del Campo, obra de su yerno el arquitecto Ricardo Larraín Bravo, ambas desaparecidas, como los viejos pimientos, cortados en 1919.



Galería San Carlos.

Fotografía atribuida a Obder Heffer hacia 1900.

Ricardo Brown, primer arquitecto titulado en Chile, construyó para don Carlos Maclure hacia 1874 esta magnífica galería comercial cubierta de cristales, y decorada con cariátides del escultor Nicanor Plaza que sujetaban luminarias de bronce. Con sofás, palmeras y rejas que se abrían a Merced y Monjitas, fue un verdadero salón público que acogió reuniones políticas, banquetes y manifestaciones como la que se dio a los vencedores de la Revolución de 1891. Demolida en 1929, en su lugar se abrió la calle Phillips.



Portal Edwards.

Fotografía atribuida a Juan M. Sepúlveda 1910.

Extenso edificio de renta construido en la Alameda, 1901, para María Luisa Maclure de Edwards por el arquitecto Carlos Barroilhet. Allí estuvo el concurrido Teatro Politeama, y el elegante Café Rio de Janeiro; el Hotel Royal de José Behm, con departamentos para novios y familias; la joyería Ghiringheli; la tienda La Conversión de Ruidíaz Hnos.; el Almacén Sordo; la mercería de Manuel Matas; la Caja de Ahorros y el Correo 2. Hubo paseo bajo sus arcos, aventuras galantes y fiestas de artistas; su monumental fachada marcaba el ingreso a la capital para los viajeros del Sur. Su designación como Monumento Nacional no lo salvó de la demolición en 1986.

LO COTIDIANO

El calendario de eventos de un santiaguino ilustrado de 1900 incluía regocijo, arrepentimiento y asombro, sentimientos que se iniciaban con las celebraciones de Semana Santa, verdadero comienzo del año luego de la larga siesta del verano, en que la capital parecía dormitar bajo el calor.

El Señor de Mayo, el Carmen y el Corpus con sus procesiones convertían al centro en un gran templo.

De otoño a primavera se recibía y despedía a compañías líricas, dramáticas y de zarzuelas, cuyas ceñidas sopranos y robustos barítonos llenaban con sus imágenes las páginas de diarios y revistas, aliviando las noticias ininterrumpidas de crisis ministeriales y pactos políticos. En octubre el Salón de Bellas Artes y la Exposición de Animales llevaban al público a la Quinta Normal, donde cada uno tenía su recinto, dando vida a ese paseo aletargado donde se concitaba la atención de los "sabios" en el Museo Nacional, en el Observatorio o en los campos experimentales de agricultura.

Octubre marcaba también el inicio de corsos, desfiles y fiestas de caridad, que se enlazaban un mes más tarde a las reparticiones de premios, revistas de gimnasia y presentaciones de los establecimientos educacionales.

Tres fiestas religiosas de muy diferente carácter cerraban el año: el día de difuntos, en que la ciudad se volcaba a los cementerios, la Purísima en que niños y niñas vestidos de blanco, azucena en mano, recorrían las calles y la Navidad —siempre llamada Pascua— que llevaba a la Alameda a grandes y chicos, entretenidos con las fondas donde se vedían dulces, chicha, loza de las monjas y juguetes de palo, los mismos que decoraban los

monumentales pesebres que cada iglesia realizaba para renovada admiración del vecindario.

Alternando este calendario fijo, estaban los circos, teatros, ejercicios de bombas y de aviación, que inició el vuelo de César Copetta en la chacra Valparaíso de Ñuñoa en 1910; los salones de patinar y el ciclismo, fútbol y tenis que reunía a su alrededor más a extranjeros que a criollos.

La irrupción del cine en el teatro Unión Central en 1896 marcaría una época brillante a la que se incorporarían directores y artistas nacionales, desplazados con la llegada del cine sonoro en 1930.

Por último, los parques siguieron siendo la diaria entretención de las familias, donde los niños jugaban a la rueda, a la escondida o al pillarse, o arrendaban botes como en las lagunas del Forestal, la Quinta o el parque Cousiño. Para los jóvenes estaban los paseos de la plaza y la Alameda, cuyo establecido ritual permitía armar y desarmar parejas en un silencioso diálogo de miradas, sonrisas y signos.

La altura, conquistada por Vicuña Mackenna en el cerro Santa Lucía en 1873, en el 900 fue superada por la amplia visión del San Cristóbal, incorporado a los paseos de la capital y constituido en pedestal del monumento a María Inmaculada, que desde 1908 protege a la ciudad.



*Palacio de Bellas Artes desde la calle Santo Domingo.
Fotografía atribuida a Aureliano Vera, hacia 1915.*

El amplio cauce del río Mapocho al canalizarse permitió la creación del Parque Forestal en 1897 y del Palacio de Bellas Artes en 1910. Sus ornamentadas fachadas y cúpulas, la del edificio de don Ventura Carvallo —a la derecha— donde se ofrece al público una Exposición de Cuadros, el monumento al Bombero realizado por Antonio Coll y Pi en 1913, y el bien montado oficial representan bien la imagen del "París de América" como muchos entusiastas se refirieron al Santiago del Centenario.

La inauguración del palacio de Bellas Artes en las fiestas del Centenario de 1910, constituyó sin duda uno de los grandes avances de la capital, que desde ese momento hizo del edificio el centro del quehacer artístico del país. Obra del arquitecto Emilio Jecquier, pudo



Sala Chile en el Palacio de Bellas Artes.
Fotografía anónima, hacia 1915.

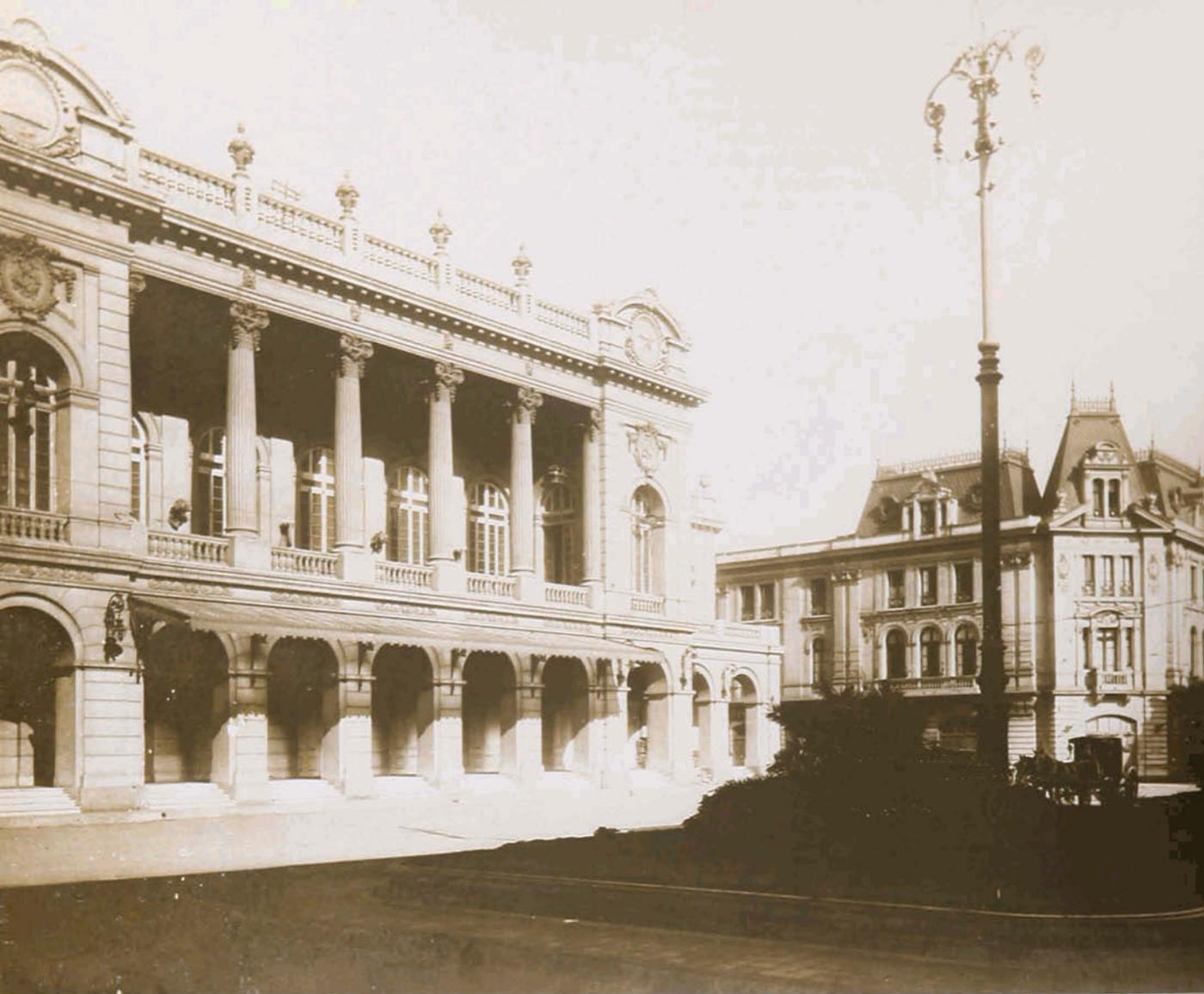
compararse con los museos europeos en sus amplias salas iluminadas con cielos vidriados, como la Sala Chile, donde se realizaban las más importantes exposiciones de pintores nacionales y extranjeros, función que sigue cumpliendo hasta hoy.



Salón de lectura de la Biblioteca Nacional.

Fotografía anónima hacia 1915.

Antiguo patio del Consulado, donde se realizó la primera Junta de Gobierno en 1810, la sala de lectura de la Biblioteca era, a principios de siglo, lugar de reunión de modestos lectores de periódicos y de eruditos investigadores del pasado, sentados todos en enjuncados sillones giratorios, vigilados por las figuras de yeso de los hermanos Amunátegui, que inmortalizados en bronce pasaron a la Alameda. A pesar de la intención del Ministro de Justicia Osvaldo Koch en 1928 de conservar el histórico recinto, fue demolido para ampliar el Palacio de los Tribunales.



Plazuela del Teatro Municipal.

Fotografía de Aureliano Vera hacia 1910.

Desde su inauguración en 1857, a pesar de los incendios, terremotos y presupuestos, el Municipal fue y sigue siendo el centro de la actividad musical de la capital. En torno a su edificio, en el que participaron todos los grandes arquitectos del siglo XIX, se construyeron importantes residencias y edificios comerciales, como el que se ve en la imagen, realizado por Hermegildo Ceppi para los Padres Agustinos, demolido al igual que el palacio Arrieta, desde el cual se tomó esta fotografía.



Cerro Santa Lucía, portada de Alameda.

Fotografía atribuida a Aureliano Vera hacia 1915.

El cerro fue el hito más importante de la ciudad, hasta que comenzó a ser sobrepasado por los nuevos rascacielos. Debió a Vicuña Mackenna su genial transformación de peñón rocoso en jardín colgante, en el que se materializaron todas las fantasías de la arquitectura. En medio de torreones, grutas y balcones almenados sobresale la barroca portada de Víctor Villeaneuve, de 1903, cuyas escaleras circulares suben hasta la fuente de Neptuno, adquirida por Vicente Pérez Rosales en Hamburgo, para decoración y refresco de la Alameda.



Casas frente al Parque Forestal.

Fotografía atribuida a Aureliano Vera hacia 1915.

Los terrenos ganados al río Mapocho luego de su canalización hicieron surgir un nuevo barrio en torno al parque que allí se realizó, a partir de 1897. El Parque Forestal, ideado por el artista y hombre público Paulino Alfonso, diseñado por el paisajista Jorge Dubois e inaugurado por el Intendente Enrique Cousiño, fue y sigue siendo uno de los sitios más hermosos de la capital. Tuvo laguna, embarcadero y botes, y en su borde casas de moderna y caprichosa arquitectura.



Quinta Normal.

Fotografía de Obder Heffer hacia 1900.

El origen de la Quinta Normal se remonta a 1842, cuando la Sociedad Nacional de Agricultura adquirió una chacra al poniente de la capital, desde 1872 campo experimental de la escuela de agronomía de la Universidad y sede cada primavera de la popular Exposición de Animales. En 1875 fue escenario de la ambiciosa Exposición Internacional de Santiago, que dejó como legado el edificio del Museo Nacional y un parque cuyo ingreso por calle Catedral daba acceso a la laguna, los kioscos, el restaurant y la avenida de las palmeras, donde se realizaba el más concurrido paseo de coches de 1900.



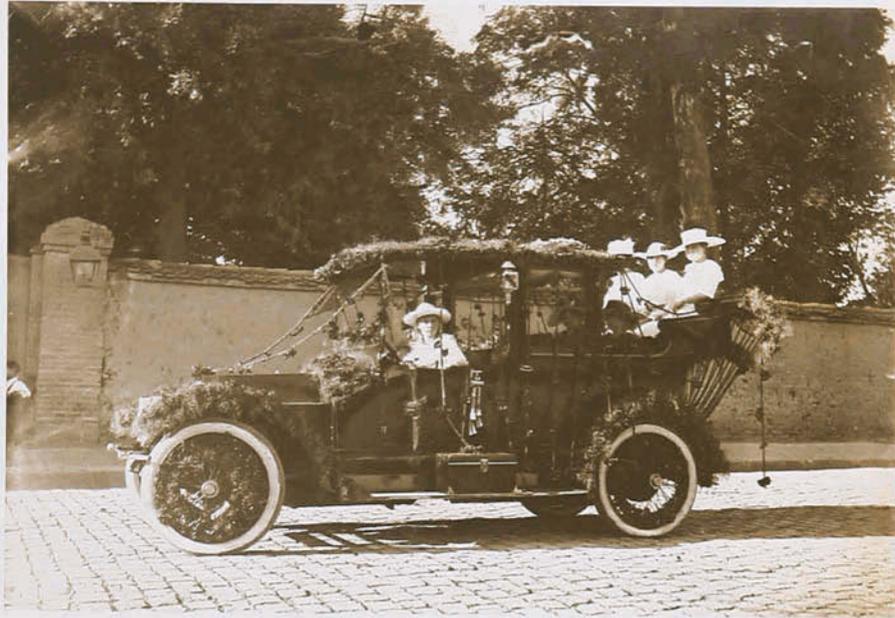
Elegantes en automóvil.

Fotografía anónima hacia 1915

En la Alameda o en el Parque, estas dos parejas elegantes posan en su automóvil como podrían hacerlo en París o Buenos Aires, en los últimos días de la Belle Époque que desaparecería con la Gran Guerra europea de 1914. En Chile también se iniciaron cambios definitivos que modificarían la economía, la política y la sociedad.

Automóvil decorado para un Corso de Flores.

Desde el siglo XIX fue usual, durante la primavera, realizar corsos o desfiles a beneficio de instituciones de caridad, paseando coches engalanados en la Quinta Normal, el parque Cousiño o la Alameda, donde se daban "batallas de flores" entre carruajes y peatones y los jóvenes aprovechaban la ocasión de conocerse e intercambiar mensajes. A partir de 1918 los corsos de flores se complementaron con las Fiestas de la Primavera, idea que llegó del extranjero al



Fotografías anónimas, hacia 1920 la primera y 1915 la segunda.



Disfrazados en la terraza del Santa Lucía.

finalizar la Gran Guerra y de inmediato fue acogida por los estudiantes de la capital. A partir de esa fecha, octubre y noviembre fueron meses en que se presentaban Reinas y Cortes de Amor, se preparaban juegos florales y poéticos, y disfrazados de todas las edades y condiciones sociales celebraban la coronación de la soberana y la gran velada bufa con baile y chaya en todos los parques y paseos de la ciudad.

LOS ALREDEDORES

Salir de Santiago ha sido característica de los santiaguinos, que desde los orígenes de la ciudad no pierden ocasión de partir festivamente "a pasar el día" a llanos, cerros, quebradas o pueblos de los alrededores. Quizá la atractiva geografía del valle del Mapocho, o la alegre disposición de sus habitantes haya creado esta costumbre anotada por cronistas y viajeros.

Cuando Santiago era un pañuelo que se recorría en dos galopes, todos sus vecinos aspiraban a salir a chacras o quintas, sinónimo de frutas, aire, siesta y sosiego. Con el tiempo, la capital se rodearía con un cordón verde de propiedades, generalmente pequeñas, que darían origen a una intrincada red de caminos, poblados y lugares. Al oriente, Ñuñoa y Vitacura; al norte la Chimba y la Cañadilla; al poniente el Carrascal y Chuchunco; al sur el Llano y la Aguada.

Las fiestas y celebraciones parecían no contenerse en la plaza y la Alameda, por lo que surgió la Pampilla para celebrar con fondas y tolderías el Dieciocho; en los suburbios, las chinganas se instalaron en casas modestas de generosos parrones, que se llamaron El Parral, El Nogal o El Tropezón. El paseo del Tajamar, semirural, no bastó a los inquietos santiaguinos que a menudo cambiaban sus finos coches por amplias carretelas donde cabía media familia, capaces de soportar los malos caminos a Peñalolén, a El Salto, a los baños de Apoquindo o a los de Colina.

El constante crecimiento de la ciudad, que sin orden ni concierto se extendía a veces al Sur y otras al Norte generando nuevas poblaciones y barrios, fue afianzando caminos y recorridos que, al finalizar el siglo

XIX, contaban con ferrocarriles de tracción animal, o "de sangre", como los de Ñuñoa o San Bernardo, que llevaba paseantes sin esfuerzo al pie de la cordillera o a refrescarse con los aires del río Maipo.

Santiago urbano de 1900 podía contenerse, al norte, en los cementerios y en la pobrísima población del Arenal; al poniente en el barrio Mapocho, en la Quinta Normal y en Chuchunco; al sur en el zanjón de la Aguada; y al oriente en la llamada avenida de las Quintas, actual parque Bustamante, donde corrió el ferrocarril a Puente Alto desde la estación de Pirque. Más allá de estos límites se sucedían los fundos, chacras y quintas a la espera de su subdivisión en barrios y poblaciones de las más disímiles condiciones.

Cruzando los miserables rancheríos de la Aguada y el Conventillo, se llegaba a las prósperas viñas del Llano y a la tranquila villa de San Bernardo, desde donde seguía ferrocarril y camino al sur del país. Hacia Las Condes, el apacible mundo agrícola de sus propiedades compartía las violentas vicisitudes del mundo minero de Los Bronces y La Disputada. Sólo la población de Ñuñoa, de raíz colonial, parecía albergar un vecindario pacífico y animadas quintas de recreo a las que se llegaba sin más sobresaltos que la demora del carro de sangre a Los Guindos. En torno de su plaza se creó en 1891 el municipio de Ñuñoa, y poco después, en 1897, el de Providencia, cuya población surgida a ambos lados de la actual avenida Pedro de Valdivia, definiría el crecimiento de la capital aguas arriba.



Obelisco del Tajamar.
Fotografía anónima hacia 1910

En el camino de Apoquindo frente al callejón de Lo Pozo —hoy avenida Condell— este obelisco remataba el largo muro del Tajamar, marcando la bajada de carretas y jinetes al río y conmemorando la más ambiciosa obra pública de la colonia. El tranvía de Providencia, con “imperial”, evoca el paseo de calesas que existió aquí en el siglo pasado, desplazado por el Santa Lucía y el parque Cousiño. Una réplica de este obelisco en avenida Providencia se ha convertido en símbolo de esta comuna.



Casas de la chacra Lo Contador.

Fotografía anónima hacia 1900.

Construida en el siglo XVIII por Antonio Avaria en su Chacra del Río, fue ampliada en 1821 por su piadosa sobrina Mercedes Contador, que estableció allí una Casa de Ejercicios y dio su nombre a la propiedad, immortalizada por los pintores de Santiago que encontraban allí modelo para sus paisajes. Esta imagen muestra el marco rural de la casa, cuya capilla se oculta tras el tronco de un centenario olivo. El paisaje se ha trocado en el poblado barrio de Pedro de Valdivia Norte, y la casa alberga desde 1958 a la Facultad de Arquitectura de la Universidad Católica.



Avenida Macul.

Fotografía atribuida a Aureliano Vera, hacia 1920.

Nombre quechua, Macul recordó en el valle de Santiago el lugar del Perú de donde vinieron los mitimaes que lo poblaron, antes de la Conquista. En la colonia fue cacicazgo y pueblo de indios, encomienda de Jufrés y Jaraquemadas; en el siglo XIX propiedad de Gandarillas, el bajo, y Cousiños, el alto. En la chacra de Peraza y Tocornal, que Ossa bautizó San Gregorio y José Pedro Alessandri Santa Julia en 1910, se abrió, poco después de esa fecha, la Gran Avenida o Avenida Macul, camino polvoriento entre pircas y alamedas que pronto se iría poblando de elegantes quintas, orgullo de la comuna de Nuñoa.



Santiago Sur.
Fotografía anónima hacia 1900.

Contrastando con la próspera y lujosa ciudad de las calles céntricas, los barrios del sur, especialmente, fueron creciendo sin orden ni concierto en sucesivos loteos de callejones de tierra, sin servicios y con canales a tajo abierto, como La Aguada, donde levantaban casas y ranchos las familias que en constante aumento, sin trabajo en los campos del Sur o en las minas del Norte, buscaban en la capital una fuente de trabajo, debiendo enfrentar muchas veces una realidad sórdida y miserable.



Plaza de San Bernardo.

Fotografía atribuida a Juan M. Sepúlveda hacia 1910.

El caserío de San Bernardo surgió de la parcelación de terrenos que hizo Domingo Eyzaguirre para financiar el regadío del valle de Maipo: convertido en Villa en 1830, los años lo harían lugar preferido de los santiaguinos que buscaban descanso y "clima" en los amplios patios y parrones de sus quintas. Unido a la capital por el camino de la Polvareda o del Llano — hoy Gran Avenida — desde 1908 tuvo tranvía eléctrico que en una hora iba desde la capital a la plaza de San Bernardo, en la que se avisaban los programas del Teatro Venus, que se alternaba como biógrafo o salón de patinar.



Tranvía Plaza de Armas-Tobalaba.
Fotografía anónima hacia 1920.

El carro 3 continuaba el antiguo recorrido del carro de sangre de Nuñoa, electrificado hacia 1910. Los rieles de esa línea se tendieron en 1874, a partir de la estación de La Maestranza, actual avenida Portugal con Diez de Julio, y se internaban al Oriente por el camino de Nuñoa —hoy Irarrázaval— hasta la población de Los Guindos, al pie de la hacienda de Larraín; doblaban al Norte por el camino de Ossa hasta encontrarse con la antigua chacra de Tobalaba en el lugar que se llamó Punta de Rieles, junto al Canal San Carlos. En 1900 se hicieron célebres las quintas de recreo de Los Guindos en avenida Ossa, como La Europea y Roma, de agitadas crónicas.

SANTIAGO SE DESPIDE

LA CAPITAL SANTIAGO

*Tiene nuestra capital
una preciosa Alameda
el Congreso y la Moneda
y una hermosa Catedral.*

*Tiene grandes avenidas
nuestra tan linda ciudad
sirve para pasear
el Cerro Santa Lucía.
Y tenemos enseguida
también la Quinta Normal
después la Estación Central
Escuela de Artes y Oficios
y otros lindos edificios
tiene nuestra capital.*

*También tiene un pabellón
que luce como topacio
y arriba del gran palacio
preside nuestra nación.
También el Club de la Unión
donde el vicio se recrea
allá el rico se pasea
en coche presidencial
y adorna la capital
una preciosa Alameda.*

*El jardín de Zoología
el nuevo funicular
está el gran Hotel Mundial
y el Edificio Ariztía.
Está la telefonía
que ésta sí que es cosa nueva
el extranjero la aprueba
con su talento y paciencia
tenimos la Presidencia
el Congreso y la Moneda.*

*Y también hay Hospitales
en donde luce la ciencia
casas de beneficencia
pa' remedio de los males.
Cementerios Generales
tenimos donde enterrar
un Palacio Arzobispal
y otras joyas muy preciosas
muchas casas religiosas
y una hermosa Catedral.*

*Al fin para terminar
hay el gran parque Cousiño
que sirve pa' tomar vino
para el Dieciocho fatal.
Hay canchas para jugar
al tejo y a la pelota
de lejitos se les nota
a los que son afuerinos
son buenos pa' tomar vino
y pa' bailar con ojotas.*

Desde su origen estuvieron unidos el parque y las fiestas patrias, ya que cuando el gobierno adquirió la extensa Pampilla en 1843, se realizaron allí maniobras militares y la celebración popular del "dieciocho". Se rebautizó como Campo de Marte, hasta que en 1869 Luis Cousiño remodeló a su costo el gran terreno, con una elipse para desfiles militares y un parque en rededor. Al morir Cousiño en 1873 se le dio su nombre. El Parque Cousiño fue el paseo más concurrido de 1900 y las tribunas de madera de su elipse, centro de atención de la parada militar de septiembre. Reemplazadas éstas por otras de concreto, y cambiado el nombre tradicional del parque en 1970, sigue siendo corazón del dieciocho en la capital.

Fiestas Patrias en el Parque Cousiño.

Fotografía atribuida a Juan M. Sepúlveda, hacia 1910.





Parejas bailando cueca.
Fotografía atribuida a Obder Heffer
hacia 1895.

Cueca es para muchos sinónimo de las fiestas de septiembre. Se baila en fondas, palacios y conventillos, como la que muestra la imagen, donde dos jóvenes de ciudad, manta al hombro, agitan el pañuelo a sus parejas, al son del arpa y la guitarra, y de seguro la voz de una cantora, mientras los vecinos baten palmas y se refrescan con vino y cerveza, como la señora sentada que bebe en "potrillo" por la salud de la Patria.



Desfile frente a La Moneda.

Fotografía anónima, 1913.

Un grupo de condecorados marinos desfila gallardamente frente al palacio de La Moneda, ante el numeroso público que resguardan policías de casco blanco. Desde 1846 el monumental edificio construido para Casa de Moneda en 1788, albergó la residencia y despacho del Presidente de la República y sus principales ministerios. Celebraciones patrias, presentaciones de credenciales, visitas oficiales, mítines políticos y otras manifestaciones públicas tuvieron como escenario a este edificio y su portada principal de calle Moneda, adonde sin duda se dirigen los altos oficiales que retrata la imagen.



Carreras del 20 de septiembre en el Club Hípico.

Fotografía anónima 1904.

El grupo de aficionados que formó el Club Hípico en 1864 inauguró su primera cancha —en la actual calle Latorre— con las carreras del 20 de septiembre de 1870, institucionalizando la antigua costumbre de incluir carreras de caballos en la celebración de las fiestas patrias. Poco después, en los terrenos que adquirieron junto al Parque Cousiño, trazaron hipódromo y levantaron livianas tribunas de madera, escenario de carreras domingueras, reuniones sociales, luchas políticas, y otros eventos, como la primera Fiesta de la Primavera, que se realizó ahí en 1918. Un año más tarde el fuego redujo a escombros esa construcción, siendo reemplazada en 1923 por los actuales edificios.

Signo distintivo de la mujer chilena, su origen se remontaría a la española ciudad de Burgos o a la africana de Tarifa. Ya a principios del siglo XIX viajeros y artistas dieron cuenta de esta peculiar costumbre nacional, que en 1900 se ha consagrado con un complejo ritual y lenguaje para los drapeados del manto negro de espumilla. Se coloca para la misa matinal, llevándolo hasta el mediodía las mujeres adineradas; las del pueblo lo siguen usando en la tarde, con la cabeza descubierta, para ocultar dignamente su pobreza; ceñido en la noche es señal de mala vida.

Mujeres de manto saliendo de la Catedral.
Fotografía atribuida a Juan M. Sepúlveda hacia 1905.





Flores chilenas.

Fotografía de Obder Heffer hacia 1900.

U sado al interior de los templos para ocultar la sensualidad de los peinados y evitar la vanidad de sombreros y mantillas, el manto se convirtió, sin embargo, en el más sugerente atuendo de la mujer chilena. Por esto, cuando los establecimientos fotográficos comenzaron a popularizar los fotomontajes con los rostros más bellos de su clientela, la imagen más buscada fue la de mujeres con manto, que pronto se dio a conocer en el extranjero como la expresión más característica y lograda de la chilena, afirmando su merecida fama de hermosura. En Talca, Coquimbo, Concepción o Valparaíso surgieron estas Flores, cuya identidad se convirtió en desafío para sus admiradores.



Estación Mapocho.

Fotografía atribuida a Aureliano Vera hacia 1915.

El intenso tráfico de trenes a Valparaíso y el nuevo ferrocarril transandino a la Argentina decidieron, en 1905, la adquisición de terrenos a orillas del río Mapocho, rematando el Parque Forestal, para construir allí una estación que fuera digno acceso de los extranjeros a la ciudad. El proyecto de Emilio Jecquier no alcanzó a concluirse para el Centenario de 1910 y sólo pudo entregarse dos años más tarde. Su fachada se enmarcaba entre dos cúpulas y simbólicos grupos escultóricos; en el interior una luminosa estructura metálica cubierta de vidrio acogió a veraneantes, financistas, políticos y viajeros ilustres.



Estación Central y plaza Argentina.

Fotografía anónima hacia 1910.

Hasta 1912 fue la puerta de Santiago, donde convergían los ferrocarriles del Sur y el Norte y la concurrida línea al Puerto. Era el principio, o el fin, de la Alameda y de la ciudad, y desde que surgiera como estación del ferrocarril del Sur, en 1859, generó a su alrededor una creciente actividad. Postinos, victorias y coches de todo tipo se confunden con los tranvías de numerosos recorridos, distribuyendo y recolectando pasajeros. Formando conjunto con los dos pabellones de la estación y su gran estructura metálica, se alza a la izquierda el victoriano edificio del Hotel Melossi, ofreciendo atención al viajero.

68242

bnch

11.20.022

16.01.87

1987

C.1

AAC0502

INSCRIPCION N° 65927
Diciembre 1986

Diseño y Diagramación
Mary Ann Streefer
Bernardita Santelices

Texto
Hernán Rodríguez V.

Fotografías
Centro de Documentación
Iconográfica del Museo Histórico
Nacional, de la donación ESSO CHILE
PETROLERA Ltda.

Impresión
Algueró

Impreso en Chile / Printed in Chile



EL RECUERDO
DE UNA
CIUDAD
Y EL VALOR DE
SUS IMAGENES



Iglesia de Santa Lucrecia en calle Placer, Población Huumil.



Alameda esquina calle El Cerro,
hoy Victoria Subercaseaux.